

estoy por la falta que ahora y antes de ahora habéis cometido por cinco veces contra nuestra majestad», y le declaró los sitios donde había estado, añadiendo: « Si no fuese por el honor y el amor de alguna persona que no quiero nombrar, ya os hubiese mostrado el disgusto que siento. Así, pues, guardaos de volver en adelante á hacer lo que ahora. » Al día siguiente, el duque de Borbón y el Delfín suplicaron al rey que perdonase á sus cómplices. Carlos dijo que no haría nada más que permitirles únicamente volver á sus casas sin ser molestados. Entonces el Delfín exclamó: « Monseñor, en ese caso deberé volverme con ellos, pues así se lo he prometido. El rey le dijo: « Luis, las puertas están abiertas, y si no las halláis bastante grandes, haremos derribar quince ó veinte toesas de pared para que marchéis á donde os parezca. Sois nuestro hijo y nada podéis hacer por nadie sin nuestro consentimiento y beneplácito; pero si queréis marcharos, no lo impediremos, pues gracias á Dios hallaremos en nuestra familia alguien que nos ayude á mantener nuestro honor y señorío mejor de lo que vos lo habéis hecho hasta aquí. »

El Delfín se esforzó en adelante en borrar su falta por el celo y valor que desplegó en los mandos que le fueron confiados en Pontoise, en la Réole y sobre todo en el de Dieppe, donde obligó á los ingleses á levantar el sitio (15 de agosto de 1443).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VII es uno de los más gloriosos de la monarquía francesa, aunque no comenzó bajo afortunados auspicios.

I. El rey de Inglaterra Enrique VI fué proclamado rey de Francia en San Dionisio, y la mayor parte del Estado reconoció su autoridad (1442). Carlos VII no poseía más que las provincias situadas al sur del Loira y era llamado irónicamente rey de Bourges. Ese soberano vivía únicamente en fiestas y placeres y perdía alegremente su reino. Los escoceses le enviaron algunos socorros, pero esas tropas fueron vencidas en Crevant (1423) y en Verneuil (1424). Bedford resolvió acabar con el rey de Bourges y emprendió una campaña que debía ser decisiva (1428). Orléans estaba sitiada, y la jornada de los Arenques aumentó el abatimiento general del reino (1429). En esas circunstancias críticas fué cuando apareció Juana de Arco, que debía salvar á Francia. La heroína tuvo sus primeras visiones en 1423 y abandonó su pueblo de Domremy después de la batalla de los Arenques, yendo á Chinón donde estaba el rey, y de allí á Orléans.

En esa ciudad entró el 29 de abril de 1429, obligó á los ingleses á levantar el asedio, y el 17 de mayo siguiente se presentó en Tours al rey para excitarlo á que marchara á hacerse coronar en Reims. La ceremonia se efectuó el 17 de julio. Juana, cuya misión había terminado, pidió que la dejaran volverse á casa de su padre, pero la obligaron á permanecer en el ejército, hasta que cayó en manos de los enemigos en el sitio de Compiègne, el 24 de mayo de 1430. Los ingleses le formaron causa y la condenaron á ser quemada viva como hereje y relapsa. Esa horrible sentencia se ejecutó en Ruan el 30 de mayo de 1431.

II. Después de la muerte de Juana, sufrieron los ingleses nuevos descalabros. En vano el duque de Bedford hizo unguir y coronar en París á Enrique VI, pues cada día tomaban los franceses ciudades importantes. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, se separó de la alianza con Inglaterra para unirse á Francia en el congreso de Arras (1435). Esa defección acabó de perder al partido inglés. Al año siguiente entró en París Carlos VII (27 mayo 1436), y desplegó extraordinaria actividad para reparar los males que la guerra civil había causado al reino. Su severidad con los nobles fué causa de la Praguería (1440). Su hijo el delfín Luis se atrevió á ponerse en persona al frente de los sediciosos, pero la nación comprendió que su verdadero interés consistía en apoyar al rey. Sostuvo, pues, á Carlos, que sofocó la rebelión, perdonando á sus autores. En adelante el Delfín se consagró por entero á hacerse perdonar su falta, haciendo gala de celo y abnegación.

CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS. INSTITUCIONES DE CARLOS VII. EJÉRCITO PERMANENTE; PRAGMÁTICA DE BOURGES. COSTUMBRES; LA NUEVA CABALLERÍA; LA CORTE DE BORGÑA.

Ese período, tan fecundo en calamidades y desastres para Francia, no fué sin embargo estéril para desarrollo de sus instituciones. Como lo dicen los historiadores de dicha nación, la desgracia templó los espíritus, comunicándoles prodigiosa actividad. En Inglaterra, los acontecimientos favorecieron el desarrollo de las libertades públicas. En Francia, las leyes, la administración, el arte militar, las ciencias y las letras se desarrollaron para satisfacer las necesidades de una sociedad atormentada por las calamidades de la guerra civil y extranjera. Los innumerables males que la nación soportó contribuyeron á la ruina del feudalismo y de las ideas de la edad media. Aprovechando los abusos del antiguo régimen, la monarquía llegó á ser omnipotente bajo Carlos VII, gracias á las prudentes reformas que entonces fueron realizadas.

§ I. — *Fin de la guerra de cien años. Instituciones de Carlos VII. Ejército permanente. Pragmática de Bourges.*

Expulsión definitiva de los ingleses. — Mientras Carlos VII trabajaba en reformar interiormente el reino, sus ejércitos seguían obteniendo nuevos triunfos sobre los ingleses. Así fué que les tomaren Meaux, Pontoise, Dieppe, y casi todas sus provincias, obligándolos á pedir una tregua y á implorar la mano de Margarita de Anjou para su rey Enrique VI. Esa tregua, que fué firmada en Arrás en 1444, se pactó sólo por dos años, pero duró cuatro.

Entonces Carlos VII se halló bastante embarazado por el considerable número de soldados que agotaban el tesoro y que, por su brutalidad é indisciplina, llenaban de espanto á las provincias, que les daban el nombre de *despellejadores*. Felizmente para Carlos, el emperador Federico III le pidió fuerzas auxiliares contra los suizos; el rey de Francia le envió aquellas terribles bandas á las órdenes del delfin Luis. Ese indómito ejército encontró á sus nuevos adversarios en Saint-Jacques, á orillas del Birse (1444) y los exterminó sin dejar uno; pero á la vez sufrió grandísimas pérdidas que el rey de Francia se guardó muy bien de lamentar. Al expirar la tregua con los ingleses, Carlos VII se prevaleció de aquella victoria obtenida contra la primera infantería de Europa, para inspirar á sus tropas nuevo ardor. Habiendo creado un ejército permanente, se sintió bastante fuerte para acabar con la invasión extranjera. Y como un inglés se apoderara del pequeño pueblo de Fougères á pesar de la tregua, el rey de Francia y el duque de Bretaña pidieron al duque de Sommerset una indemnización para reparar las pérdidas que les causara aquella violación del derecho de gentes. Los ingleses, por entonces divididos, no pudieron acceder á esa petición, y entonces entró en Normandía un ejército francés, y se apoderó de Pont-Audemer, Lisieux, Mantes, Vernon, Evreux, Louviers, Coutances y Valogne. Por último, el 18 de octubre de 1449 aparecieron los franceses ante las murallas de Ruán. Habiéndose sublevado en su favor los habitantes, Sommerset tuvo que rendirse y abandonar con

dicha ciudad, toda la parte inferior del Sena hasta su desembocadura.

Los ingleses enviaron al año siguiente á Tomás Kyriel, uno de sus mejores caballeros, con un ejército de seis mil hombres, al socorro de Sommerset. Kyriel desembarcó en Cherburgo el 15 de marzo de 1450, y fué derrotado por el condestable de Richemont y el conde de Clermont cerca de Formigny, dejando cuatro de sus seis mil hombres sobre el campo de batalla. Esa victoria tuvo como consecuencia la conquista de Normandía (15 de abril).

Carlos VII mandó que se cantasen en todo el reino acciones de gracias por ese feliz acontecimiento. Al ver rodeado á ese príncipe por los más ilustres generales, los Dunois, los Richemont, los Xaintrailles, los Brézé y tantos otros, costaba trabajo creer en las desdichas que señalaron el principio de su reinado. Esos valerosos guerreros marcharon después al frente de veinte mil hombres contra la Guiena, única provincia que aún conservaban los ingleses. Tomaron sin dificultad á Bourg, Blaye, Castellón, Libourne, Saint-Emilión, y el 23 de junio de 1451 entraron en Burdeos sin experimentar gran resistencia.

Pero al año siguiente, los ingleses enviaron á Talbot con un poderoso ejército para recuperar la mencionada provincia. Ese caudillo entró en Burdeos el 22 de septiembre de 1452, y sometió sin gran trabajo la Guiena, que estaba completamente desguarnecida de tropas. Mas, Carlos VII dirigió sobre dicha provincia su ejército desde la primavera de 1453, y como Talbot fuera vencido y muerto el 14 de julio en el combate de Castellón, los ingleses no pudieron seguir sosteniendo la lucha. Todas las ciudades tuvieron que rendirse, y el rey de Francia entró triunfalmente en Burdeos el 19 de octubre de 1453. Ya no quedaba á los ingleses en el continente más que la ciudad de Calais. Desde entonces quedó terminada aquella larga lucha, tan terrible, y sin embargo tan gloriosa para Francia.

Administración de Carlos VII. — Durante el reinado de ese príncipe se efectuaron en la nación profundos cambios. El aumento de la pequeña pro-

piedad, el crecimiento de las ciudades y de su población, y la destrucción de los derechos del feudalismo, esas fueron, dice Chateaubriand, las principales causas que produjeron en esa época una de las grandes transformaciones de la monarquía. Después de haber mostrado contra los nobles cierta severidad, obligándolos á someterse á su ley, como lo hizo después de la Praguería, Carlos VII se ocupó de la agricultura, del comercio y de la hacienda. Un rico mercader de Bourges, Santiago Cœur, puso orden en la contabilidad y obligó á los oficiales del rey á entregar sus cuentas á un recaudador general, y á la vez que llenó las arcas reales, efectuó grandes economías. Carlos VII supo hacer feliz á su pueblo: en efecto, libró el reino de las bandas de aventureros que lo infestaban, dió seguridad á las comunicaciones, multiplicó las grandes ferias para hacer más activo el comercio, y escribió en el mismo sentido al sultán de Egipto, solicitando su protección en favor de los mercaderes franceses que iban á Jerusalén ó á Alejandría.

Creación de un ejército permanente. — Los arqueros ingleses habían ganado las batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt; los campesinos habían hecho ensayo de sus fuerzas en Francia en las sediciones de los *cabochianos* y de la *Jacquería*, y en Italia las tropas á pie se habían mostrado en todos los encuentros superiores á los caballeros. Esas circunstancias desacreditaron enteramente á la caballería, y en adelante se prefirió á los soldados del pueblo. Así fué que, á medida que caían las instituciones feudales se iban formando por todas partes ejércitos permanentes, reclutados entre las clases más humildes, y cuya abnegación se compraba. Eduardo III había debido todas sus victorias á sus tropas mercenarias. Francia, así que aprendió á costa de terribles derrotas lo que valían esos soldados bien disciplinados y sometidos á un jefe único, siguió el mismo ejemplo.

Los estados que se reunieron en Orleans (octubre de 1439), autorizaron esa creación, pidiendo al rey que pusiera término á los saqueos y crueldades de los hombres de guerra, y proponiendo para ello la reducción del ejército á quince compañías de cien lanzas

cada una, componiéndose cada lanza de seis hombres y ocho caballos, pagándolas á razón de 120 libras por hombre, lo que exigía un impuesto perpetuo de 1.200.000 libras.

Una ordenanza de 2 de noviembre de 1439 puso en vigor esa gran resolución de los estados. Sólo el rey podía nombrar los capitanes y determinar el número de sus soldados, quedando prohibida toda otra reunión de gentes de armas. Los soldados no podrían saquear ni maltratar á las gentes de las ciudades y de los campos, ni exigir dinero á las personas, ni causar daño á los bienes, casas, sembrados, cosechas; los capitanes eran responsables de esos delitos, y debían ser castigados personalmente por ellos, ó bien perder su fortuna y su nobleza. Todos los hombres de guerra quedaban sometidos á la autoridad judicial de los bailíos y prevostes del rey en todo el reino, y los ciudadanos maltratados por los soldados quedaban obligados á emplear la fuerza para llevarlos ante los tribunales. Los capitanes habían de permanecer de guarnición en las plazas señaladas por el rey, y no salir de ellas sin orden de éste; los barones que poseían guardias en sus castillos eran responsables de los delitos de sus soldados, estándoles prohibido cobrar impuestos ó aprovechar los generales del reino para el aprovisionamiento de sus castillos.

El *impuesto de las gentes de armas* debía ser determinado por oficiales especiales, llamados *electos*, señalando lo que según sus medios debía pagar cada ciudadano, menos el clero, la nobleza, los funcionarios del rey, los estudiantes y los pobres. No se podía recurrir contra ese reparto más que al *tribunal de ayudantes*.

Una ordenanza de 28 de abril de 1448, dispuso que las provincias suministraran arqueros francos, lo que formó una infantería regular. Por último, los hermanos Bureau fueron encargados de organizar la artillería. De ese modo quedó protegido el poder real por imponente fuerza que lo sacó de la dependencia de los grandes feudatarios, permitiéndole poner término á los robos y depredaciones que se cometían impunemente en todo el reino.

Impuesto perpetuo. — Mas, para el mantenimiento de un ejército permanente, se necesitaba un impuesto perpetuo. Votáronlo los estados por un año; pero se le prorrogó para los siguientes sin consultar á aquellos de nuevo, y esa medida pareció tan justa, y tan evidentes resultaron desde el principio las ventajas de la nueva institución, que nadie reclamó. Pero á fin de que esa nueva carga no fuera demasiado onerosa, Carlos VII se puso de acuerdo con Santiago Cœur para arreglar con orden todo lo relativo á la hacienda. Estableció un tribunal de cuentas encargado de vigilar la administración de los empleados, y de ese modo logró poner término á las innumerables concusiones que arruinaban al Estado y hacían desgraciado al pueblo.

Pragmática sanción de Bourges. — Francia, ya tan agitada por la guerra que tenía que sostener contra los ingleses, se resintió también de los tristes conflictos y de las escandalosas divisiones que surgieron entonces en el seno de la Iglesia. Habiendo atacado el concilio de Basilea las prerrogativas de la Santa Sede, negando obediencia al papa Eugenio IV, fué convocada en Bourges una asamblea del clero de Francia (1441), para tratar de las relaciones del poder temporal con la autoridad espiritual. Los obispos se apoyaron en los decretos del concilio y redactaron lo que se ha llamado la *pragmática sanción de Bourges*, que Bossuet considera como el fundamento de la disciplina en la Iglesia galicana. En ella reconocían la autoridad del concilio como superior á la del papa, prohibían las anatemas, las reservas y las expectativas, que eran todos derechos poseídos por la Santa Sede; finalmente, no admitían la recepción de las bulas pontificias en Francia más que una vez aprobadas por el rey. Pero ese precepto, que la Santa Sede no podía aceptar, fué abolido en el concordato que posteriormente celebraron León X y Francisco I.

§ II. — *Costumbres; la nueva caballería: la corte de Borgoña. Fin del reinado de Carlos VII.*

De las costumbres. — No es posible formarse

idea de la miseria de Francia durante la guerra de Cien años. En la corte no se veían más que cábalas y divisiones. Francia se hallaba invadida por los ingleses, y los ejércitos que la defendían estaban compuestos de tropas indisciplinadas, que hacían tanto daño á los franceses como á los enemigos. Daban á esos soldados los nombres de *despellejadores* y *trasquiladores*, porque su principal oficio consistía en robar y desvalijar á cuantos caían en sus manos. Al pactarse alguna tregua con el extranjero, esos hombres, que no tenían haber ni nada, aumentaban sus exigencias con los naturales del país.

Practicada de ese modo, la guerra era terrible calamidad que hacía crueles y bárbaros á los que la practicaban. Los nobles más ilustres, terror de los ingleses, se habituaron de tal modo á la sangre y la rapiña, que como cosa natural multiplicaban los asesinatos y las injusticias entre sus vasallos y en el seno de sus familias. El duque de Bretaña manda matar á su hermano; el de Gueldre á su padre; el señor de Giac, á su mujer; el conde de Foix, á su hermana; el rey de Aragón, á su hijo.

La guerra despobló ciudades y campos, trayendo como secuela el hambre y la peste. Ese horrible contagio, que desoló en 1348, toda la cristiandad, hizo perecer cerca de las dos terceras partes de los habitantes, según lo afirman algunos cronistas. En el Hôtel-Dieu de París fallecieron más de quinientos apestados por día. En montones se les llevaba al cementerio de los Santos Inocentes; pero como el terreno para sepulturas llegó á faltar, se cerró ese cementerio, bendiciendo otro fuera de la ciudad.

Tales calamidades suministraron á las almas generosas ocasión de distinguirse por su heroísmo y caridad. Fueron de notar el celo del papa Clemente VI, que se encargó de todos los pobres de Aviñón y del condado, pagando además todos los gastos necesarios para enterrar á los muertos.

En esos desdichados tiempos, todas las casas de Francia, Inglaterra y Alemania, aun en las ciudades, estaban cubiertas de paja. Los bosques cubrían vastas regiones; pero á pesar de que abundaba la leña, no

se sabía utilizarla contra el frío. No se conocían las chimeneas en las habitaciones.

Las gentes se calentaban reuniéndose alrededor de una especie de hoguera (algo como nuestros *braseros*) que se alzaba en medio de una sala ahumada, y para alumbrarse de noche casi no se tenían más que pedazos de madera seca que encendían después de disponerlos de modo conveniente en las casas. La bujía era desconocida, y la humilde vela de sebo era un objeto de lujo.

En las familias acomodadas, donde los medios eran mayores, sólo se comía carne tres veces por semana. Las camisas eran de sarga y no de hilo ó algodón como las nuestras. Bebíase poco vino, líquido que en Inglaterra era un cordial que sólo se hallaba en casa de los boticarios.

Las casas particulares estaban construídas groseramente con madera recubierta de una argamasa de tierra y paja de la que hoy se emplea para hacer tapias. Las puertas eran bajas y estrechas, las ventanas pequeñas y casi sin luz.

Felipe el Hermoso prohibió á los burgueses que salieran en tartana por las calles de París. Ese lujo parecía intolerable. Carlos VI no toleraba que en las comidas se diesen más de dos platos con la sopa.

El dinero fué muy raro en Francia por los siglos XII, XIII y XIV. Lo mismo ocurría en Inglaterra. Los florentinos y los lombardos, que comerciaban con aquellos países, sacaban á su dinero veinte por ciento de interés al año. Los judíos les servían de agentes, y esos réditos usurarios eran casi siempre la causa de las sublevaciones del pueblo contra aquellos codiciosos especuladores, que de seguro habrían sido exterminados si los papas no los hubieran cubierto á menudo con su protección.

Nueva nobleza. — La antigua nobleza había perdido en parte en los campos de batalla de Crécy, de Poitiers y de Azincourt. Carlos VII dió golpe mortal al feudalismo privando á los nobles de la dirección de la fuerza militar del Estado, y sometiendo á los hombres de guerra á la jurisdicción del poder civil en todas las empresas que éste podía tener que llevar á cabo. La

invención de la pólvora, que modificó completamente la táctica, arrebató por eso mismo toda su importancia á la caballería. La táctica fué más necesaria en las batallas que la habilidad en el manejo de las armas; el espíritu venció á la fuerza; la infantería desempeñó papel más importante que la caballería, y el pueblo ocupó el puesto de los señores que antes lo trataran con tanto desdén y fiereza. El espíritu de caballería declinó también. Hubo aún brillantes torneos; pero ya no se halló en la aristocracia de los siglos XIV y XV la elevación de sentimientos, la grandeza en la abnegación que caracterizara á los creyentes de la edad media. Á la fe suceden el cálculo y el interés. Ya no se lucha por el honor, la justicia ó la religión. Una guerra es un negocio que se emprende para ganar algo.

La monarquía había creado una nueva aristocracia superior á la antigua, al dar como patrimonio á los infantes de Francia vastas provincias. De ese modo se formaron las casas de Borgoña, de Anjou, de Orléans y de Borbón. Los jefes de esas casas, que eran príncipes de sangre real, tenían grandes pretensiones, considerándose como rivales del rey, llegando á menudo á coligarse contra él. « Quiero tanto al reino de Francia, decía el duque de Borbón, que en vez de un rey, quisiera verle seis. » Ya veremos á Luis XI luchar contra esa aristocracia, de la que sólo pudo triunfar empleando todos los recursos de su astuto y flexible talento.

La corte de Borgoña. — La casa de Borgoña era sin disputa la más poderosa de todas, pues á parte el Franco Condado y la Borgoña, poseía el Auxerrois, el Boulonnais, las ciudades de la Somma, Flandes y los Países Bajos. Su corte eclipsaba á la del rey en brillo y magnificencia. Quando el duque iba á París, paraba en su hotel de Artois con un ejército de señores y de escuderos que maravillaba á todo el mundo. Si iba á las iglesias, su cortejo era siempre de ochenta á cien caballeros por lo menos, y entre esos había príncipes, duques y grandes personajes. Sus arqueros estaban equipados suntuosamente. En cuanto á él, cada día llevaba joyas diferentes, ya un cinturón de diamantes,

ya un rosario de piedras preciosas, ya un gorro ó una muceta bordados de ellas. El pueblo de París, que había visto muchos príncipes y que ya no se tomaba el trabajo de ir á contemplarlos, corría sin embargo á las calles para mirar al duque de Borgoña cada vez que salía.

Su hotel no despertaba menos curiosidad: de todas partes acudían á admirar las magnificencias allí acumuladas; adornábanlo los más hermosos tapices de Arras, realzados con seda, plata y oro. Los que llamaban principalmente la atención eran los que representaban la historia de Gedeón, que hizo fabricar en honor de su orden de caballería del Toisón de Oro.

Su despensa era una maravilla, pues en ella se encontraba la vajilla de oro y plata más suntuosa del mundo. En cada ángulo había un cuerno de unicornio, de los cuales sólo se conocía uno en Francia, y eso muy pequeño, dado por un rey al tesoro de San Dionisio.

El duque había hecho levantar en su jardín un pabellón de terciopelo forrado de seda, bordado de hojas y lentejuelas de oro, con las armas de todos sus señoríos. En ese sitio daba grandes banquetes á los príncipes, á las princesas, á los señores y señoras, y hasta á veces invitaba, según Oliverio de la Marche, á los más notables burgueses de la ciudad.

Cuando se supo que los turcos habían tomado á Constantinopla, el papa Nicolás V creyó que nadie se hallaba en situación tan ventajosa como el duque de Borgoña para ponerse al frente de una cruzada que detuviese á los infieles, prestos á invadir la Europa. Un caballero fué á verlo en Lille, de parte del Padre Santo, y el duque Felipe lo recibió allí con grandes honores, pues deseaba dar gran brillo á una empresa cuyo jefe se proponía ser.

Felipe creyó que la mejor manera de arrastrar á los señores, á los nobles y á todos los vasallos de sus Estados que quisieran seguirlo, era dar una gran fiesta y recibir en ella las adhesiones de todos los gentiles hombres en pleno festín. Juan de Launoy, Juan Beudant y Oliverio de la Marche se unieron al

duque para disponer aquella maravillosa ceremonia, cuyos preparativos duraron más de tres meses.

En el día señalado, después de magnífico torneo, los invitados se dirigieron á la sala del banquete, donde se hallaban preparadas tres mesas resplandecientes, cubiertas con los más bellos adornos que era posible imaginar. Al final de la comida apareció de repente el rey de armas, llevando un faisán vivo adornado con un collar de oro y piedras preciosas. Hizo al duque una profunda reverencia y le dijo que la antigua costumbre de los grandes festines era ofrecer á los príncipes y señores algún ave noble para hacer un voto, y que se presentaba en nombre de las damas y caballeros á entregarle el faisán como homenaje á su valor.

Felipe, que de ordinario vestía de negro, se había puesto de negro y gris ese día, ostentando joyas cuyo valor se calculaba en más de un millón de escudos. Levantóse y dijo en voz alta: « Hago voto, á Dios primeramente, luego á la gloriosísima Virgen María, á las damas y al faisán, de exponer mi vida en defensa de la fe cristiana, y para resistir á la condenable empresa del Gran Turco y de los infieles. »

Ese voto, que se ha llamado del faisán, fué repetido por el duque de Cleves, el conde de Saint-Pol, el señor de Charolais, el conde de Etampes y todos los señores presentes al banquete. Además, añadieron en su mayor parte un compromiso particular á su voto para hacer más pronto y seguro su cumplimiento. Así, el señor del Pont prometió no acostarse los sábados, Felipe Pot no sentarse á la mesa los martes, el señor de Hennequin no comer los viernes nada que hubiese tenido vida, hasta haber tomado las armas contra el Gran Turco y haberle arrebatado su estandarte.

Pero los tiempos de Godofredo de Bouillón habían pasado. Ya no era únicamente la fe la que inspiraba esas generosas resoluciones. Á la vez que manifestaban mucho ardor, cada uno puso á su voto una restricción, diciendo « que partirían así que sus asuntos particulares se lo permitiesen, ó cuando el rey les hubiera dado permiso de hacerlo. » El interés era superior á la fe, el cálculo á los sentimientos religiosos. Todos

salieron de esa reunión llenos de entusiasmo, pero algunos meses más tarde se había calmado aquel fervor. Y como surgieran nuevas disensiones, cada cual corrió á donde su ambición lo llamaba, y no hubo nadie para marchar contra Mahomet II y procurar poner término á sus conquistas.

Fin del reinado de Carlos VII (1452-1461). — Carlos VII acababa de triunfar definitivamente de los ingleses y de expulsarlos de su reino, y sólo pensaba en hacer respetar su poder dentro del reino y en adquirir influencia fuera de él. Así fué que hizo comprender á los señores que su tiránica y arbitraria autoridad tocaba á su término, juzgando severamente al bastardo de Borbón, al señor de l'Espare y al duque de Alençon. Para agrandar su prestigio entre las naciones extranjeras, renovó su alianza con los suizos, se unió con el rey de Dinamarca, Cristián I, que se comprometía á suministrarle barcos en caso de guerra con Inglaterra y prometió su hija Magdalena de Francia á Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia.

El delfín Luis causaba al rey bastante inquietud, por lo cual, queriendo dar ocupación á su espíritu agitado y turbulento, lo envió á su patrimonio, el Delfinado, para que allí pudiese, según el cronista, « sutilizar día y noche ciertos pensamientos, que se manifestaban de pronto por extraña manera. » Y tanto hizo efectivamente, que acabó trastornando del todo el país. Púsose en relaciones con el duque de Alençon y con el de Borgoña, é intrigó por todas partes y medios, con objeto de apoderarse de la autoridad. Carlos VII quiso mostrar rigor, y mandó un fuerte ejército á la frontera del Delfinado, con lo cual su hijo no tuvo más recurso que huir, marchando á la corte del duque de Borgoña, donde lo acogieron perfectamente. Al saberlo, Carlos VII se contentó con decir, hablando de Felipe el Bueno: « Ha recibido en su casa un raposo que se comerá sus gallinas. »

Sin embargo, la presencia de Luis en aquella provincia no dejaba de inquietar al monarca, que no sabía si privarlo de su derecho á la corona para darlo á su hijo segundo. En esas vacilaciones estaba cuando lo atacó una fuerte calentura, que causó su muerte el

22 de julio de 1461. La conducta de ese rey mereció ciertamente bastante reproches y su carácter tenía muchos defectos; pero si no careció de debilidades, al menos supo escoger bien los hombres y utilizarlos según lo que podían dar de sí. Hizo poco por sí mismo, y mucho por medio de los demás. A su advenimiento halló arruinada la Francia; al morir la dejaba poderosa y fuerte en Europa, en medio de pueblos debilitados.

Resumen de este capítulo. — Este capítulo trata de las instituciones de Carlos VII y traza un cuadro de las costumbres de la época y de la nueva caballería.

I. La grandeza del reinado de Carlos VII consiste en las victorias que obtuvo contra los ingleses, y que le permitieron expulsarlos de Francia; pero no menos célebre lo ha hecho el tino de su administración.

De ese modo curó las heridas que tan largas guerras habían causado á su país, y afirmó el porvenir de la Francia y de la monarquía gracias á la creación de un ejército permanente y al establecimiento del impuesto perpetuo. Esas dos medidas pusieron al servicio de la nación una fuerza constante, que le permitió hacer respetar su independencia dentro y fuera de sus límites. En medio de la anarquía producida por el gran cisma, procuró reglamentar las relaciones de la Iglesia con el Estado por medio de la Pragmática sanción de Bourges, pero el problema quedó en pie, hasta que lo resolvió el concordato pactado entre Francisco I y la Santa Sede.

II. La guerra de Cien años tuvo por consecuencia despoblar las ciudades y los campos, llevando tras de sí el hambre y la peste. Esas calamidades produjeron horribles desórdenes, y si se compara el modo de vivir de entonces con el de hoy, se asombra el ánimo ante la enorme diferencia que ese parangón presenta. El hombre más pobre del pueblo tiene hoy mejor vestido y alimentado que lo estaba entonces el más rico burgués. En esos desastres desapareció la antigua nobleza, y el feudalismo recibió herida mortal con las reformas de Carlos VII. Pero entonces se formó una nueva nobleza, la de los príncipes de la sangre, que los reyes formaron mediante la concesión de los infantazgos. La monarquía se halló rodeada de casas poderosas, las de Borgoña, de Orleans, de Borbón, de Anjou, contra las cuales veremos á Luis XI empleando todos sus recursos. La más importante, la de Borgoña, oscurecía al rey por su fausto y magnificencia. Pero en esa corte tan lujosa, no se hallaba el espíritu de fe que animara la edad media. Cuando los turcos tomaron á Constantinopla, el papa Nicolás V hizo un llamamiento á esa nueva caballería. Diéronse fiestas para excitarla á alistarse bajo el estandarte sagrado, y se hacen votos de marchar contra los infieles; pero esas manifestaciones resultan en definitiva estériles. Carlos VII se absorbe en las reformas administrativas, cuya necesidad para reparar los fuerzas de su reino comprende, y no intenta en adelante ninguna empresa.